

# Memoria y testimonio poético de la Guerra Civil en Talavera

PABLO ROJAS

*Profesor de Lengua Castellana  
y Literatura*

**Resumen:** La Guerra Civil Española sirvió a multitud de poetas como inspiración. Muchos pusieron su pluma al servicio de la causa en que creían y escribieron poemas marcados ideológicamente. También esos mismos poemas son testimonio del discurrir del conflicto y permiten un acercamiento diferente al espíritu de la época. Este artículo recoge así referencias a la Guerra Civil en Talavera aparecidas en obras de escritores de talla reconocida.

**Palabras clave:** Guerra Civil, Talavera, poesía, memoria, testimonio.

## MEMORY AND POETIC TESTIMONY OF THE CIVIL WAR IN TALAVERA

**Summary:** Spanish Civil War was object of inspiration for many poets. Many of them put their intelligence at the service of the cause in which they believed and for that reason they wrote poems extremely ideologized. At the same time those poems are testimony of the conflict and bring us a different view of that time. This article compiles references to the Civil War in Talavera which were written by authors of undoubting value.

**Key words:** Spanish Civil War, Talavera, poetry, memory, testimony.

*Es probable que andando el tiempo el historiador que quiera dar voz expresa a la hazaña anónima del pueblo que ahora pelea, acuda a los versos de un poeta.*

Luis Cernuda, *Hora de España*, agosto 1937

Que la Guerra Civil sigue concitando el interés de los españoles en la actualidad es algo fácilmente verificable. En los estantes de las librerías continúan sucediéndose, día tras día, novedades sobre los hechos y los personajes más destacados de aquel traumático acontecimiento. También, si nos ceñimos al ámbito local, el desarrollo de la Guerra Civil en Talavera ha conocido la aparición de una reciente monografía (Pérez, Jiménez, Díaz, 2007), que resulta de consulta indispensable para todo aquel que pretenda alcanzar una visión global del discurrir del conflicto en la ciudad y su comarca. No faltan, además, otros acercamientos de corte más divulgativo y anecdótico como son los capítulos que en su libro *Leyendas y curiosidades de la historia de Talavera de la Reina* dedica Miguel Méndez-Cabeza al asunto. Pero la guerra, en su dimensión totalizadora, fue, además de un conflicto bélico o social, o incluso religioso, un choque ideológico entre dos bandos irreconciliables que no dudaron en emplear la pluma con una doble finalidad: de una parte, como arma de combate frente al enemigo, al que se hizo merecedor de las más péfidas intenciones; de otra, como rearme moral propio, para lo cual no dejó de festejarse incluso la más nimia de las victorias. El romance se convirtió en la estrofa preferida por los poetas de aquel tiempo, dado su fuerte carácter narrativo que se adaptaba como anillo al dedo al relato de heroicidades, o merced a su llamativa sonoridad muy apta para la recitación

en público o a través de la radio. No hay prácticamente ningún escritor capaz de susstraerse al torbellino de la guerra, y cada uno, como ha estudiado con gran detalle Andrés Trapiello (2002), trató de adaptarse a las circunstancias de la mejor manera posible, sin poder evitar en ocasiones, caer en las más atrabiliarias contradicciones. Pero ese no es el asunto que aquí pretendemos analizar. Nuestro objetivo es mucho más parco y doméstico pero, nos parece, no carente de interés. Pretendemos sencillamente recopilar distintos poemas que tienen a Talavera como protagonista durante la Guerra Civil. Esos poemas, cargados de emotividad, permiten hacernos una idea más cabal de aquel drama, o al menos más humana, porque en los versos laten los deseos, las insatisfacciones o las alegrías de sus protagonistas. A veces toda esta lírica ha sido minusvalorada por tratarse de "poesía de circunstancias". Sin embargo, como apunta Blanco Aguinaga (207-208) al hablar de la poesía de combate escrita por Emilio Prados, tales distingos nos llevarían a despreciar multitud de poemas nacidos de situaciones parejas:

Ahora bien, si las «circunstancias» históricas, sociales y políticas determinan así, negativamente, la definición de «poesía», ¿qué haremos con la épica atribuida a Homero (guerras y más guerras entre griegos diversos), con la *Eneida* de Virgilio (grandeza del imperio romano), con



el *Poema del Cid* (Castilla triunfadora sobre León), con el famoso «Miré los muros de la patria mía...» (específica crítica de Quevedo a ciertos políticos de su tiempo) Y, no son «circunstanciales» los sonetos amorosos de Garcilaso, más aún la «Canción quinta»? Por no hablar de la poesía religiosa.

Hemos de convenir, tal vez, que lo categórico en poesía es antes la pericia y originalidad con que el poeta transmuta sentimientos e ideas en palabras que todo aquello que le rodea o incluso mediatiza y que nada puede contra la fuerza arrolladora del talento. Decir que dentro de la poesía comprometida abunda la mediocridad resulta una obviedad pero esa misma afirmación vale tanto para la poesía amorosa como para cualquier otra. Decimos todo esto porque en

los poemas que a continuación iremos rescatando, muy sujetos a unas circunstancias históricas concretas, abunda también la poesía de altos vuelos pues está en manos de poetas de reconocidísima valía.

Otro aspecto a destacar en este tipo de composiciones, y sobre el que ha meditado por extenso Jaime Siles (2006), tiene que ver con la distinta disposición con que el poeta se enfrenta a la guerra según si ésta coincide cronológicamente o no con el momento de escribir. En el primer caso habría que hablar de testimonio y en el segundo de memoria. Entre ambos hay importantes diferencias. La memoria suele ser más analítica, está más atenta a la reflexión moral, a la extracción de una enseñanza, en tanto el testimonio resulta –tratándose de una guerra– más exaltado. De todo esto hallaremos ejemplo en lo que sigue.

## LA TOMA DE TALAVERA

La guerra fue escribiéndose en las innumerables revistas y publicaciones que proliferaron por la geografía nacional entre 1936 y 1939. En ellas encontramos una especie de diario que de forma detallada va dando cuenta del desarrollo de la lucha. Así sucede con la toma de Talavera por las tropas nacionales el 3 de septiembre de 1936, hecho relevante en el decurso del conflicto y que pronto queda reflejado en las poesías que uno y otro bando compone. En el caso de los perdedores, lógicamente, todo queda embadurnado por un espíritu de revancha y de reconquista.

Antes, sin embargo, se producen en la Talavera republicana ciertas transformaciones de calado como es el cambio de su mismo nombre. Esta posibilidad no era novedosa pues ya el poeta y político local Ernesto López-Parra, en un arrebatado antimonárquico, había propuesto quitar a la ciudad la coletilla “de la Reina”. Con el estallido de la guerra esta opción tomó cuerpo y la ciudad pasó a llamarse “Talavera del Tajo”. Con ese nombre aparece citada en un poema compuesto por el poeta gallego Lorenzo Varela el 1 de octubre de 1936, que fue publicado un mes más tarde en las páginas de *El mono azul*, importante revista auspiciada por la Alianza de Intelectuales Antifascistas y que estaba dirigida por José Bergamín, Rafael Alberti y su esposa María Teresa de León, entre otros. El poema se titula “Fernando de Rosa” y está dedicado a un luchador italiano que pierde la vida combatiendo

a las tropas de Franco en tierras abulenses. De allí, como de Talavera, llegan a Madrid noticias de su fallecimiento, traídas por unas tropas que se repliegan para tratar de recuperar los bastiones perdidos. Recogemos a continuación un fragmento de la composición en el que también parece aludirse al “tren blindado” con que las tropas republicanas intentaron retomar la ciudad:

*Vienen por las carreteras,  
de los frentes de batalla,  
delegados luchadores  
de Somosierra, de Ávila,  
de Talavera del Tajo,  
donde queda gran batalla.  
Viene, silbando de triunfo,  
con noticias de Las Navas,  
la locomotora roja:  
«¡Milicianos! ¡Camaradas!  
¡Hemos ganado la lucha  
después de dura batalla!  
La alegría del triunfo  
malas nuevas nos la sacan:  
Fernando de Rosa ha muerto  
como muere un camarada»<sup>1</sup>.*

Los trenes blindados desempeñaron un papel de gran importancia en los comienzos de la guerra, pero fueron relegados a un plano secundario cuando llegó a España material bélico más moderno. Las tropas republicanas utilizaron uno de ellos en su intento de recuperar Talavera el día 8 de septiembre. Partió de la estación de Montearagón y, aunque causó hasta sesenta bajas a las tropas enemigas, fue detenido su avance an-

1 Lorenzo Varela, “Fernando de Rosa”, *El mono azul*, 6, 1-X-1936, p. 4. El poema también aparece recogido en: *Romancero de la guerra civil española*, Madrid, Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, 1936, pp. 12-14 (reedición facsimilar a cargo de Gonzalo Santonja, Madrid, Visor, 1984); y en *Romancero de la guerra civil*, edición de Francisco Caudet, Madrid, Ediciones de la Torre, 1978, pp. 89-90. Sobre Lorenzo Varela puede consultarse la siguiente dirección de internet: [http://busc.usc.es/A\\_BUSC\\_dixital/lorenzo\\_varela.pdf](http://busc.usc.es/A_BUSC_dixital/lorenzo_varela.pdf)

tes de llegar al puente de la vía (Pérez, Jiménez, Díaz, 68). Esos trenes se convirtieron también en motivo de inspiración para los poetas. Todos estos artilugios de la modernidad ya habían sido cantados por los poetas futuristas y sus émulos los ultraístas. Sin ir más lejos, el escritor talaverano Ernesto López-Parra, del que después hablaremos, dedicó algunos poemas de estirpe vanguardista al tren o al metropolitano. Sin embargo, ahora no se loa el ingenio de su invención sino su utilidad como ariete para infligir daño en el enemigo. El mismo 3 de septiembre en que era tomada Talavera, José Herrera Petere escribía un poema titulado “El tren blindado” dedicado en esta ocasión al que percutía en tierras abulenses y del que rescatamos un fragmento porque sirve de igual modo para hacernos una idea del que actuó en Talavera:

*Curva de retama y piedra,  
altos llanos los de Ávila,  
de polvaredas y vientos,  
puño cerrado y metralla,  
rotos montes en trincheras,  
sierras hendidas, cortadas,  
de terraplenes y túneles,  
taludes y obras de fábrica.  
Puesta de sol de aviones  
queda alumbrando la rampa  
que el tren blindado atraviesa,  
aire rojo, verdes llamas.  
Truena la locomotora;  
el cañón en sus entrañas.  
Un huracán de explosiones*

*barre los montes de Ávila.  
El aire, de ardiente pólvora,  
seca bocas y gargantas;  
las baterías del quince  
responden a retaguardia.  
Ya se acercan los muchachos  
del compañero Mangada.  
Arellanos y morteros,  
bombas Laffite y granadas,  
nidos de ametralladoras  
enfilan rocas peladas.  
Un huracán de explosiones  
barre los montes de Ávila.  
Ya se acercan los muchachos.  
¡Venid, bravos camaradas!  
El tren blindado atraviesa  
los montes y las barrancas.  
El tren blindado conquista  
para los pobres de España.<sup>2</sup>*

Este tren que trató de abrirse paso en Talavera se agregó al Batallón Thaelmann, el cual estaba dirigido por el jefe comunista Juan Modesto Guilloto. Thaelmann fue un jefe comunista alemán detenido en abril de 1934 por los seguidores de Hitler dentro de su campaña de hostigamiento a quienes no veían con buenos ojos el nazismo: judíos, homosexuales, etc. La detención de Thaelmann tuvo cierta repercusión en España pues el 7 de abril de ese mismo año apareció en el *Heraldo de Madrid* un manifiesto titulado “Contra el terror nazi” firmado por, entre otros, Antonio Machado, Ramón J. Sender o Rafael Alberti, que exigía la pronta liberación del trabajador alemán<sup>3</sup>. Thael-

2 José Herrera Petere, “El tren blindado”. El poema aparece recogido en *Romancero de la guerra civil*, edición de Francisco Caudet, Madrid, Ediciones de la Torre, 1978, pp. 22-23. Caudet clasifica los romances en tres grupos: heroico-exhortativos, burlesco-invectivos y romances varios. El que acabamos de transcribir está incluido dentro del primero, en donde aparecen “aquellos romances cuya finalidad era cantar el heroísmo colectivo, de grupos o de individuos, a la vez que pretendieron exhortar a seguir esos ejemplos o modelos” (p. 24).

3 Sobre Thaelmann y el manifiesto puede consultarse Ian Gibson, *Ligero de equipaje. La vida de Antonio Machado*, Madrid, Punto de lectura, 2007, pp. 557-558.

mann, como otros muchos sujetos enfrentados a las fuerzas derechistas, se convirtió pronto en un héroe y su nombre sirvió para bautizar a un batallón o para ser cantado por los poetas. Tal ocurre con Pablo Neruda o nuestro López-Parra que le dedica un poema en su libro de corte combativo *Auroras rojas* (1936).

El caso es que el Batallón Thaelmann llegó a Santa Olalla el 4 de septiembre de 1936 con el cometido de recuperar Talavera para las fuerzas leales a la República. De su caminar hacia tierras toledanas se hace eco Emilio Prados en su libro *Destino fiel*. Allí aparece el poema laudatorio "Al Batallón Thaelmann", dedicado, como no podía ser de otro modo "a Modesto Guilloto, su comandante". En este grupo de combatientes funda Emilio Prados (585) su esperanza de que el signo de la lucha vire en su favor. A continuación transcribimos un fragmento del poema:

*¡Llegan! Ya Madrid triunfante  
queda abajo entre banderas.  
Cruzan Villalba entre enebros,  
altos robles, grises piedras,  
suben Navacerrada,  
allí Bárcena ya espera,  
también aguarda Modesto,  
andaluz de firme cepa,  
con la ternura de un niño  
y un tigre en la fortaleza  
que entre llamas y disparos  
vierte el ardor de su arenga:  
-Peguerinos, camaradas,  
está en peligro y no es nuestra;  
ya tomado Peguerinos,  
abajo está Talavera,  
que la amenazan los moros...  
¡En pie, mi batallón Thaelmann,  
al ataque; hay que cercarla;*

*que sea nuestra roja estrella  
la que liberte Madrid  
y clavada como espuela  
en los flancos del fascismo  
lo haga huir de nuestras tierras!*

La tentativa de contraataque orquestada por las fuerzas republicanas no consigue sin embargo su objetivo y éstas deben replegarse para defender Madrid. Muchos de los soldados derrotados habían huido de la ciudad temerosos de ser capturados por las tropas moras que ya se habían hecho acreedoras de una fama extremadamente negativa tras la depuración llevada a cabo en Badajoz. En hermosos versos libres recrea el peruano César Vallejo (45) todo el cúmulo de sensaciones adversas que se entrecruzan en la mente del derrotado. El poema, inserto en su libro *España aparta de mí este cáliz*, fue escrito, según reseña Juan Larrea (Vallejo, 55), en julio-agosto de 1937, es decir, un año después de que tuviera lugar el dramático acontecimiento:

*Luego, retrocediendo desde Talavera,  
en grupos de a uno, armados de hambre,  
[en masas de a uno,  
armados de pecho hasta la frente,  
sin aviones, sin guerra, sin rencor,  
el perder a la espalda  
y el ganar  
más abajo del plomo, heridos mortalmente  
[de honor,  
locos de polvo, el brazo a pie,  
amando por las malas,  
ganando en español toda la tierra,  
retroceder aún, y no saber  
dónde poner su España,  
dónde ocultar su beso de orbe,  
dónde plantar su olivo de bolsillo!*

Otro poeta popular, Gabriel Baldrich, recuerda igualmente la estampida de los republicanos talaveranos camino de Madrid, una marcha en la que se entremezclan héroes y villanos, y que está presidida por una enorme sensación de dolor y un temor patológico hacia las pujantes tropas moras:

*Llegaron los rebaños a sus puertas  
-rebaños de bisontes y de hienas-  
vinieron levantando un polvo loco  
por nuestras carreteras.  
¡Talavera! ¡Maqueda! ¡Cienpозuelos!  
barro y sangre por todos los caminos;  
¡lágrimas! ¡Lágrimas en los ojos obreros  
sitiados por disparos y por gritos!  
Junkers... Tanques... Cañones...  
[¡Más cañones!  
¡Los moros! ¡Los del Tercio! ¡Extranjeros!  
Edificios que se mueren de pronto  
y miedosos que se escapan corriendo.<sup>4</sup>*

## LA DURA VIDA EN LA CIUDAD

La insurrección militar del 18 de julio fue utilizada por muchos españoles para dar rienda suelta a sus instintos más bajos y así, amparados en la impunidad, aprovecharon para ajustar cuentas con sus enemigos más encarnizados o a veces simplemente para vengar pequeñas afrentas. Durante el breve periodo en que la ciudad permanece en manos del gobierno de la República en Talavera se sucedieron los asesinatos de personas de tendencia derechista, en especial de gentes relacionadas de manera más o menos di-

recta con la Iglesia. Son muchos los sacerdotes y monjes que, tras una suerte de paripé judicial, encuentran por entonces la muerte, en ocasiones dentro de una ceremonia cargada de vileza e indignidad. El caso más llamativo en este punto es el de Saturnino Ortega Montealegre, arcipreste de Santa María la Mayor, quien fue conducido el 6 de agosto de 1936 a un descampado en el camino de Calera, para ser allí sometido a un enorme sumario de villanías antes de ser asesinado. De don Saturnino se acuerda años después el escritor y veterinario Antonio Torres. Dentro de su larga serie de poemas titulados "Talaveranías", que aparecieron en la década de los cincuenta en las páginas de *La Voz de Talavera*, uno está dedicado al vilipendiado arcipreste y a su "martirio":

*Llevó como una dura penitencia  
su aire pardal de zafio ruralismo,  
y en el silencio de sus ascetismos  
le sonreían la Poesía y la Ciencia.*

*Tuvo aquella forzada continencia  
de los fuertes y heroicos misticismos,  
y le reía en el alma un humorismo  
sano y cordial, de olvido y de paciencia.*

*Un poeta hereje, gafo y tabernero,  
descolgó del villano romancero  
de su miseria y su gallofería*

*un soneto leproso y presidiario,  
que el buen abad guardara en su breviario...  
Nuevo cilicio y nueva lacería.<sup>5</sup>*

4 Gabriel Baldrich, "Siete de noviembre", *Escucha*, 12, 7 noviembre 1937. Serge Salaün recoge este poema en su compilación *Romancero de la guerra de España*. 2. *Romancero de la defensa de Madrid*, A Coruña, Ruedo Ibérico, 1982, pp. 126-127.

5 Antonio Torres, "Talaveranías, 7. Un santo arcipreste: Don Saturnino", *La Voz de Talavera*, 235, 28 agosto 1957, p. 7.

Poco después de ocurridos estos dramáticos sucesos, Talavera fue ocupada por las tropas franquistas y lo cierto es que la violencia lejos de aminorar se amplificó en grado superior. Los paseos y las degollinas se sucedieron y todo aquel que había manifestado cierta afinidad con la República se convirtió en una codiciada presa a batir. Serán numerosos los “rojos” que encuentren una muerte similar a la del desdichado arcipreste guadalajareño, esta vez gracias a una cobertura oficial que no existía con anterioridad. El odio y la inhumanidad se apoderaron de manera ciega de aquellos hombres hasta el punto de hacer caso omiso a cualquier norma moral. Sólo la muerte parecía saciar su sed de revancha.

Pero junto a esta terrible danza macabra a la que unos y otros se arrojaron, sobre las gentes de la ciudad se abatía otra tormenta no menos odiosa. Talavera sufre durante la guerra continuos ataques aéreos y los sujetos más propicios para padecer sus terribles consecuencias son justamente los más indefensos: los niños. A una niña talaverana fallecida por el ataque de “la aviación roja” dedica el escritor José María Pemán (138-140) su poema “La niña de Talavera” incluido en el libro de 1938 *Poema de la Bestia y el Ángel*. El título de la obra ahorra los comentarios acerca de la opinión del poeta sobre los dos bandos contendientes en la guerra. Pemán, de acuerdo con la doctrina oficial del bando nacional, sostiene que la guerra es una “cruzada”, una lucha terrestre entre Dios y el Diablo. El poema del que hablamos está inserto dentro de la sección VI, titulada “Las islas azules”, la cual se subdivide a su vez en tres apartados: “Tierra”, “Aire” y “Mar”. El poema dedicado a la niña talaverana, tal vez lo más logrado y comedido de un libro que sigue a pies juntillas



la estética patrocinada por Falange, se encuentra en la primera sección. Aunque es algo extenso, dada su calidad, nos parece conveniente reproducirlo íntegro a continuación:

*Canto una niña rubia como el sol...  
Tenía  
como el granado en flor los labios rojos;  
flexible el talle de rosas,  
los ojos claros y azules como el mediodía.*

*Era la niña rubia la más ágil obrera  
de aquel taller en donde Talavera  
sobre sus búcaros mejores,  
de verdes ramos y celestes flores  
soñaba una imposible primavera.*

*Y ella, la niña rubia, soñaba que algún día  
sobre el barro sin tacha pintaría*



*una soñada rosa  
tal como la quería su ideal:  
triste como el crepúsculo, y lujosa  
como la cola de un pavo real.*

*Fue por abril.  
Sin una sola nube la mañana  
tenía una tersura  
azul, de porcelana.  
Iba al taller la blanca niña pura...*

*(Las rosas en el viento se peinan y se rizan.  
Canta, leve, la acequia. Dogmatizan  
en el aire sonoro  
los alados concilios de las avispas de oro).*

*¡Qué traición la quietud y la inocencia  
de aquel azul inmóvil y perfecto  
del cielo claro!*

*Un murmurar de insecto  
febril y grave, anuncia la presencia  
de unas alas traidoras.*

*Las manos de la niña soñadoras  
de rosas imposibles, señalan en el cielo.  
Llueve, de pronto, el fuego de la guerra.  
Fue rápido el instante como un vuelo.  
Mirando al cielo, la tomó la tierra.*

*¡Es la guerra! –dirán: ¡La soberana  
disculpa llena de injusticia y miedo!  
Mañana cuando rompan los albores  
entre un montón de flores  
la llevarán con triste paso quedo.  
Llorará, en su rincón, una aldeana.  
Y un parte militar dirá mañana:  
“Sin novedad el frente de Toledo”...*

*Y ella andará mirando por las altas estrellas  
con sus celestes y sencillas  
pupilas, imposibles cosas bellas.*

*Y verá cómo Dios en sus rodillas  
tiene, marchita y lacia, aquella rosa  
que soñó su ideal:  
triste como el crepúsculo, y lujosa  
como la cola de un pavo real.*

*Y no pasará más.  
El rumor blando  
del Tajo no dirá tristes cantares.  
Y seguirá pintando  
con sus manos de obrera,  
unas rosas vulgares  
sobre sus porcelanas, Talavera.*

*Sólo el juglar que un día  
cantará la agonía  
de este combate fiero,  
guardará entre su cántico guerrero  
y entre su decir duro del afán español,  
un rincón más florido y placentero  
en donde diga parodiando a Homero:  
“Canto una niña rubia como el Sol...”*

Fue algo habitual que los poetas adheridos a una u otra causa durante la guerra se sirvieran de los aspectos más truculentos para enfatizar el grado de maldad al que eran capaces de llegar los enemigos. La muerte de niños está por ello muy presente en los poemas que se componen por entonces. A veces es difícil discernir si estos sucesos se basaban en hechos reales o eran mera imaginación. Desconocemos a este respecto si Pemán se basa en algún hecho noticioso de la época a la hora de llorar la muerte de esta muchacha o si decide situar en Talavera algo que debía ser bastante frecuente en la geografía nacional. Quien sí debe basarse en la realidad es Juan Antonio Castro que, en su único libro de versos publicado, *Tiempo amarillo*, recuerda el pavor que, en su niñez, sentía hacia los ataques de la aviación. Así

se lo hace saber a su madre en el poema titulado "Recuerdo infantil de un tiempo de guerra" (Castro, 55-57). De él extraemos un breve fragmento:

*No sé si porque tú  
estabas triste,  
o porque yo tenía  
en las manos  
una triste revista infantil  
de apagados y tristes colores,  
o porque estábamos en guerra  
y todo era muy triste  
y por la mañana había bombardeado  
la aviación...*

Un poco más adelante en su libro vuelve a rememorar Juan Antonio Castro sus experiencias infantiles de la guerra. En esta ocasión dedica su poema a un niño muerto, en este caso víctima de un ataque terrestre. Se titula "El amigo muerto" (Castro, 60-61) y reproducimos a continuación su inicial y larguísima pregunta:

*¿Qué flores momentáneas, aéreas,  
coronadas de humo gris, abriéndose  
detonantes en la sombría claridad  
del paseo de álamos, te arrasarán ahora  
en el cielo sin pólvora y cañones,  
la tersura del rostro, que a veces, volverá  
sus ojos hacia el río feliz de nuestra infancia,  
hacia aquella alameda donde la cuadrada  
[pólvora  
del cañón se abría inocente, clara, purísima,  
sólo juego su mortal sustancia, sólo  
virginal estallido, puro, irisado  
para nuestras miradas infantiles  
que ya no ven tu rostro  
proyectando su luz  
en la pequeña sima, en el volcán minúsculo  
donde enraizaba la prodigiosa luz*

*que, un día cualquiera, del segundo  
[año triunfal,  
te incendió esa mirada que, ahora, tiendes  
buscándonos con inocente envidia,  
sorprendiendo nuestros gestos maduros,  
[tristísimos,  
nuestros dedos que asen la pluma o el martillo,  
el volante o la cintura de la mujer amada;  
pero no, ya, las negras hormiguillas guerreras  
que se alzarán en flores prodigiosas,  
[quemantes?*

## LOS POETAS TALAVERANOS ANTE EL DRAMA DE LA GUERRA

Ya hemos recurrido al testimonio de dos poetas talaveranos para dar muestra, a través de sus experiencias, de cómo la guerra dejó honda huella sobre sus vidas. Entre ambos hay un largo paréntesis de años: Antonio Torres nació en Talavera en 1891, en tanto Juan Antonio Castro lo hizo en la misma ciudad en 1927. Son, como se ve, miembros de dos generaciones distintas. Castro es tan sólo un niño cuando estalla la contienda, mientras que Antonio Torres ha alcanzado por entonces la madurez. Torres, como otro poeta talaverano, Ernesto López-Parra, ha vivido el derrumbe de la Restauración y la llegada al poder de Miguel Primo de Rivera, también ha conocido el auge y la desintegración de la 2ª República. Torres y López-Parra militarán en bandos contrarios y coquetearán con la política. López-Parra será teniente de alcalde por el Partido Radical Socialista durante la primera legislatura republicana. Por su parte, Antonio Torres se convertirá en alcalde accidental de la ciudad al poco de ser tomada por las tropas sublevadas. Estos enfrentamientos ideológicos no parece que hicieran mella sobre su amistad

y, de hecho, fue Torres el primero en recordar al amigo muerto dentro de su serie de "Talaveranías" en unos años en los que el nombre de López-Parra estaba proscrito en la ciudad.

Antonio Torres, pese a no haber publicado ningún libro en vida, fue un escritor bastante prolífico. Según José María Gómez (176), estudioso de su obra, dejó inéditos "una docena de cuadernos manuscritos". Uno de ellos, titulado "Poemas patrióticos", está íntimamente relacionado con el tema de la guerra. Los versos allí arracimados son, según Gómez (177), "una especie de tributo a aquellos años difíciles de la guerra y [a la] posterior exaltación de la victoria". Torres, miembro del bando vencedor, se empapa del lenguaje de la época para glorificar la "gesta" de la "cruzada" llevada a cabo por sus correligionarios. Ejemplo de esta poesía de exaltación y alabanza puede ser el poema "18 de julio" publicado en *La Voz de Talavera* el 24 de julio de 1957 y del que damos a continuación un fragmento:

*Hoy hace veintiún años... alegría  
de un recuerdo cordial e inenarrable,  
réplica a aquellos julos miserables  
con la muerte en la hoz, que relucía  
su acero de hordas y de extranjerías  
en una España vieja e indomable.  
¡Oh, este Julio caliente y entrañable  
de las nobles y heroicas ruralías!  
¡Julio feraz, alzándose arma al brazo,  
abierto el corazón en el abrazo  
a aquella triste España corrompida  
por un sueño de infaustos germinales,  
ebrio de luz en los caminos reales  
de la ancestral España redimida.*

De modo muy diferente le fue a su amigo Ernesto López-Parra. Poeta de mayor

envergadura y que llegó a alcanzar cierta repercusión en el mundillo literario español de los años veinte, paradójicamente su figura no goza de ningún reconocimiento en Talavera, en donde nació en 1895. López-Parra, hijo de político republicano, evolucionó con el correr de los años hacia posturas ideológicas cada vez más extremas. Estas se hacen notar en *Auroras rojas*, libro de versos encendidos publicado en una fecha muy significativa: 1936. Los poemas contenidos allí exaltan al pueblo trabajador y lo oponen a la indolencia de la aristocracia y la burguesía. Muchas composiciones van dedicadas a algunos de los héroes republicanos: Fermín Galán, Thaelmann, Aida Lafuente, etc. También la revolución minera asturiana ocupa una amplia porción del poemario. Pero no queremos hoy recordar ninguna de estas composiciones sino otra escrita por López-Parra durante su estancia en la cárcel y que puede ejemplificar el estado de ánimo de los vencidos una vez finaliza la lucha. López-Parra edificó su ideología social sobre una base de raigambre católica. De ello es ejemplo este emocionante soneto escrito por el poeta durante su estancia en la cárcel de Ocaña, en donde fallecerá en 1941:

*Reina y Señora nuestra, Madre de los vencidos  
que derramas el oro de la paz y el perdón.  
Haz que vuelvan a estar alegres nuestros nidos  
y sosiega la angustia de nuestro corazón.*

*Esta luna romántica del otoño incipiente,  
que alumbra tu camino, con su pálida luz,  
pone un fulgor de plata sobre el jardín doliente  
donde elevan los hombres sus ojos a la cruz.*

*Tú que todo lo sabes, tú que todo lo puedes,  
¡Oh!; Madre de los tristes, que llenas de mercedes  
lo mismo el huerto amigo, que la llanura extraña,*

*en el nombre de nuestro Señor Crucificado,  
haz que torne la paz al mundo ensangrentado  
y vuelve a sus hogares a los presos de Es-  
paña.*<sup>6</sup>

En las páginas de *El mono azul*, órgano de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, coincide con López-Parra otro joven poeta talaverano. Ese jovencísimo autor es Rafael Morales, nacido en 1919 y que, con quince años, acababa de estrenarse como escritor en las páginas de *Rumbos*, una revista surgida en Talavera en 1935. El escultor Víctor González Gil era su director y en ella colaborará también Miguel Hernández. Rafael Morales publicó en *El mono azul* cuatro poemas. Todos ellos son bastante convencionales y tratan los temas característicos de la época: la acción valerosa del bravo soldado (“Francisco Villobres”), la muerte heroica de los camaradas (“A los milicianos muertos”), la defensa aguerrida de Madrid (“Madrid de carne y de piedra”)... Sin embargo, el poema más interesante de los dados a conocer por Morales es el último. Se titula “El toro ibérico” y, dado su revestimiento simbólico, es un claro precedente de los versos contenidos en su famoso libro *Poemas del toro*, con el que obtendrá en 1944 un éxito restallante. Merece la pena por todo ello rescatarlo a continuación:

*Con ancho pecho y corazón sonoro  
y sangrante la dura calavera,  
enardecido el toro,  
levantando la frente justiciera.*

*Ya clavándose firme está en la arena  
con el asta violenta,*

*levantando la boca en la que truena,  
sintiendo por su sangre la tormenta  
que todo el aire llena.*

*Ya por el aire surge derribando  
con sordo poderío,  
y caudaloso y ciego va avanzando  
cual desbordado río  
que a la callada tierra va ocultando.*

*Por las riberas que su sangre baña,  
erguido vence el toro;  
tan sólo de la muerte se acompaña  
y del mugir sonoro  
que pronto sonará por toda España.*

*Toro español de dura calavera,  
clavado está en el suelo  
y levantando el asta brava y fiera,  
amenazante al cielo,  
mugiendo sordamente en la trinchera.*<sup>7</sup>

De perdedores nos habla Joaquín Benito de Lucas (33-35) en uno de los muchos poemas surgidos a partir de sus recuerdos de infancia y adolescencia. Benito de Lucas nació en Talavera en 1934, poco antes de que estallara la guerra civil, suceso que le obliga, en compañía de su familia, a trasladarse a Horcajo de los Montes (Ciudad Real). En 1939, una vez finaliza el conflicto, vuelve de nuevo a su ciudad y aquí ayuda a sus padres como camarero en la taberna que éstos regentaban. Acuden allí los presos políticos que trabajaban en la construcción del canal del Alberche. El pequeño Joaquín les atiende y bastantes años más tarde (1978) refleja sus impresiones de aquellos años en el poema titulado “Los condenados”, dedi-

<sup>6</sup> El poema, inédito, forma parte del libro que le dedicamos en 2006 (Rojas, 410-411).

<sup>7</sup> Rafael Morales, “El toro ibérico”, *El mono azul*, 46, julio de 1938, p. 2.

cado a Miguel Hernández e incluido en su libro *Memorial del viento* (Benito de Lucas, 33-35). Con él cerramos nuestra andadura por aquellos años de dolor que también fueron capaces de avivar la sensibilidad de los poetas y que hicieron germinar creaciones, como la que sigue, de alta calidad:

## I

*¿Eran culpables  
o inocentes?  
Las mañanas  
nacían igual. Y ellos vivían a golpes  
de azadón en los ojos  
removiendo la tierra y su conciencia  
en la prisión del odio  
más pura.  
Lo que a otros  
era final se abría a sus miradas  
como una estrecha senda  
donde el perdón crecía  
dificilmente entre laureles.  
¿Cuántos? ¿Ciento? ¿Cincuenta?  
No recuerdo  
el número. A mis años  
se ve antes la sonrisa  
o el gesto: «Para ti, te lo has ganado»,  
que el número en que entraban  
a ponerse ante el muro del mostrador  
[por acortar sus vidas.*

## II

*Bajaban de un pequeño  
montículo del norte  
de la ciudad. Igual cada mañana:  
la sonrisa encendida  
porque había amanecido para ellos  
quizá la última vez.  
No eran culpables a mis ojos  
ni yo sabía qué era  
ser culpable: ¿Llevar los uniformes  
de un verde siena, botas desgastadas  
o los ojos hundidos  
por el dolor?  
¿Ser puntuales a la cita  
del vino aquel y el niño  
cada mañana?  
Bajaban de muy lejos, de Extremadura  
[y Murcia,  
de Álava y Cataluña,  
del Puerto de Santa María,  
de la violencia y la traición.  
Y cuando oía sus voces  
resonar en el frío de diciembre  
salía a recibirlos.  
Y tras el mostrador de mi inocencia  
esperaba impaciente  
con los vasos ya puestos  
y la mirada lista.  
-«Otra ronda, la pago yo».  
Y pagaba  
con su vida, escarbando  
en la tierra los años  
que le quedaban todavía  
para ganar la libertad.*

**BIBLIOGRAFÍA**

- BENITO DE LUCAS, Joaquín (1978), *Memorial del viento*, Orihuela, Ayuntamiento.
- BLANCO AGUINAGA, Carlos (2007), *De restauración a restauración: (ensayos sobre literatura, historia e ideología)*, Sevilla, Renacimiento.
- CASTRO, Juan Antonio (1962), *Tiempo amarillo*, Madrid, Eds. Rialp S. A.
- GÓMEZ GÓMEZ, José María (2001), "Cuatro poetas talaveranos de la primera mitad del siglo XX", *Alcalibe* 1, pp. 161-185.
- PEMÁN, José María (1938), *Poema de la Bestia y el Ángel*, Zaragoza, Eds. Jerarquía.
- PÉREZ CONDE, José, JIMÉNEZ RODRIGO, Juan Carlos y DÍAZ DÍAZ, Benito (2007), *La guerra civil en Talavera de la Reina, conflicto bélico, represión y vida cotidiana*, Talavera de la Reina, Ayuntamiento.
- PRADOS, Emilio (1975), *Poesías Completas. Tomo I*, México, Ed. Aguilar.
- ROJAS, Pablo (2006), *Ernesto López-Parra, el ultraísta remolón*, Talavera de la Reina, Ayuntamiento.
- SILES, Jaime (2006), "La guerra civil como referencia explícita: *recusatio*, testimonio y memoria moral en la poesía de los años cincuenta", en *Estados de conciencia (Ensayos sobre poesía española contemporánea)*, Madrid, Adaba Editores, pp. 227-245.
- TRAPIELLO, Andrés (2002), *Las armas y las letras: literatura y Guerra Civil (1936-1939)*, Barcelona, Península.
- VALLEJO, César (1992), *España aparta de mí este cáliz*, Edición comentada por Juan Larrea, Madrid, Ediciones de la Torre.